

El maestro entre nosotros

Esteban J. Beltrán Ulate
estebanbeltran@outlook.com

El pueblo nunca debe alejar la expectativa de su ventana, en cada palabra debe anidarse la esperanza de la bienaventuranza. Las penas de esta vida no deben desalentarnos, mucho menos sumirnos en la tristeza, pues somos herederos de un reino, que ha sido promesa dictada a nuestros ancestros y sobre nuestras cabezas ha sido derramada el agua viva de la verdad que germinará las semillas que alimentará nuestro andar.

Son muchos los caminos que hacemos al andar, en medio de la espesura del bosque nos encontramos y alejamos de otros que como nosotros caminan ante la espera de lo incierto, -frente a la verdad del misterio-, sin embargo, también nos encontramos con otros que se niegan a la perplejidad de lo incognoscible, por lo que no debemos ser jueces, ni piedras en el camino de los demás, sino convertir-nos en sonrisa amiga, brazo extendido, cálida palabra.

El maestro camina entre nosotros, a pesar de que no somos dignos si quiera de desatar la correa de sus sandalias. El maestro nos lava los pies y nos limpia las lágrimas. El maestro quiere que le sigamos, que dejemos eso que atesoramos como riqueza, el maestro quiere que entreguemos la vida, así como la entrega él.

Con la sencillez y delicadez con la que desciende una paloma de los cielos, de esa misma manera, sobrevuela la voz sin palabra que testifica que el Mesías esta entre nosotros, y que anuncia que el reino está más cerca de lo que creemos, solo basta detenerse ante la mirada del otro, ante el rostro del que sufre, en el pobre, en la viuda, en el huérfano... en el transgénero, en el migrante, en el empresario. ¿por qué negarnos a descubrir el rostro del Otro?

El maestro camina entre nosotros, aunque a simple vista no le podamos seguir, el eco de su voz se confunde en la risa de los niños, en la vultuosidad del arcoíris, pero su voz también se descubre en la injusticia, ahí dónde la pobreza estruja la piel, dónde el capitalismo ególatra hunde sus tenazas sobre la naturaleza.

El maestro nos llama a seguir sus pasos, retomar -causar lío- los lugares sagrados que han sido asaltados y secuestrados por el egoísmo, por la vanidad. El lugar sagrado por antonomasia es la persona misma, ahí es dónde debe emerger la revolución primera, revuelta que no será a manos de dogmatismos, ni listados de axiomas a memorizar.

Esta es la revolución del amor, amar al prójimo como así mismo, así con sus autodeterminaciones o indecisiones, amarlo al desnudo y sin condiciones. Esta será la base del Reino, donde la una política será una ética primera, una ética heterónoma. El maestro ha sido bautizado con el agua que también ha tocado nuestras cabezas -es nuestro hermano-, pero de solo de Él brota un fuego, un ardor, que nos convoca.

El maestro camina entre nosotros, el reino es ahora, y nuestra respuesta debe ser “heme aquí”.